

LETRA LATINA

*De Colombia a Argentina,
Chile o México, la pujanza
de las escritoras marca una
nueva normalidad literaria*

Texto ANA FERNÁNDEZ ABAD

«AL EMIGRAR BUSQUÉ
REFUGIO EN EL CUADERNO»
Ingrid Rojas Contreras

Marcada por la violencia y las letras, la infancia de Ingrid Rojas Contreras (Bogotá, 1985) fue una huida y un encuentro: su familia emigró de Colombia a Estados Unidos para escapar del día a día de su país en la época de Pablo Escobar y halló en los libros y la escritura un refugio hecho a su medida. «Todo lo que soy se lo debo a Colombia. Hasta la violencia es pedagoga. Soy una persona muy feliz. He visto tanta tristeza que lo que se aprende es a encontrar recovecos de júbilo», afirma. De adolescente, empezó a escribir en inglés para que sus padres no cotillearan esas notas. «Al emigrar busqué refugio en el cuaderno. Empecé como periodista y luego me quedé en la literatura». También fue intérprete, se mueve con fluidez entre idiomas: «Puedo atravesar los territorios de cada uno con comodidad. Hay veces que me llevo la musicalidad del español y la exporto al inglés. Para mí, no hay barreras. El lenguaje con el que escribo me gusta más si tiene partes de mis dos lenguas».

Ahora da clases en la Universidad de San Francisco y en 2018 deslumbró con su debut literario, *La fruta del borrachero*, una novela en la que revisita su infancia colombiana. «Al principio, me senté a escribir una crónica. No pasé de la quinta página. Supe que necesitaba de la ficción para contar la verdad de lo que había vivido», señala. Para Rojas, «la realidad es realismo mágico», un mundo que entiende bien, herencia de su madre clarividente y su abuelo curandero. Ella sigue su estela: «Sé que las



La fruta del borrachero (Impedimenta) es el debut literario de Rojas, inspirado en la violencia que conoció cuando era niña en Bogotá.

historias tienen poderes curativos. Muchos escritores son curanderos y ni se enteran». Una niña, Chula, y su cuidadora adolescente, Petrona, protagonizan la novela de Rojas, que ha preferido hablar de las vidas de la gente normal en los años más sangrientos del narcotráfico. «En los noventa, los hombres usualmente ocupaban los cargos de poder, lo que significa que fuera de la guerra Colombia era un país de mujeres», explica.

Necesitaba «que se escucharan las historias de las víctimas» y precisamente cree que descubrir nuevos puntos de vista es el papel de las autoras latinoamericanas actuales, «imaginarse y escribirse en un lugar distinto al que les habían guardado». En la actualidad Rojas forma parte de un programa para ayudar a través de la escritura a estudiantes de instituto inmigrantes: «Las comunidades inmigrantes guardan sus silencios. Hay una fijación sobre el sobrevivir el día a día. La literatura nos lleva a romper esos silencios, y a enfrentarnos con el pasado». Aunque ha logrado premios como el de las letras de California, el Mary Tanenbaum o el Miller Audio, reconoce que a veces sigue encontrando prejuicios sobre la figura de la mujer intelectual: «De vez en cuando me encuentro con ese fenómeno. Lo habrá siempre, mientras existan hombres inseguros».